

GRAN CONFLICTO ENTRE LOS ARTISTAS FRANCESES

I

Acaba de verificarse en París una verdadera revolución entre los artistas franceses, á propósito de las recompensas de la Exposición Universal. Y aunque todavía no tenemos noticias de la solución de esa crisis, nos parece interesante dar desde luego á nuestros lectores una rápida reseña de los antecedentes que la han motivado, y de la situación actual, hasta las últimas fechas de nuestros corresponsales y de la prensa.

Muchos exponentes franceses, descontentos de la parte que les ha cabido en las últimas recompensas, y alarmados en sus intereses por los que han obtenido los extranjeros en la grande Exposición, han tratado nada menos que de anular los fallos del jurado internacional. Han creído que este fallo podría hacer más difícil y precaria su situación, en competencia con la producción artística de los demás países que han concurrido á la Exposición Universal, muchos de cuyos más esclarecidos artistas buscan su camino en los Salones anuales de París, enviando allí sus obras é instalándose frecuentemente ellos mismos en la gran metrópoli.

Nos apresuramos á constatar que esa pretensión, hija solo de intereses mercantiles, no ha encontrado acogida en el gobierno francés ni en la prensa parisiense, y que un crecido número de pintores y escultores, encabezados por el ilustre Meissonier, han protestado enérgicamente contra una medida que ha hecho ruborizarse á los mismos que la habían propuesto antes de ocho días después de haberla votado.

Vamos á los antecedentes.

II

El Salón anual de París era organizado hasta hace pocos años por el gobierno francés. Pero en 1880, á causa de graves y numerosas dificultades con los exponentes, la administración se deshizo de esa carga, entregando la dirección y explotación de los Salones á una sociedad de artistas que se formó al efecto, compuesta de noventa individuos.

Mientras el Salón estuvo á cargo del gobierno, el jurado se componía de un reducido número de artistas elegidos por votación de los *exponentes franceses*, y de cinco ó seis miembros nombrados por el Ministerio de Bellas Artes.

Con el nuevo régimen ya no hubo representantes de la administración, y el personal del jurado fué mucho más numeroso. En lugar de veinte jefes á quienes obedecer, hubo sesenta. Y nótese bien que estos jefes eran también exponentes y podían optar á las recompensas.

La suerte de los extranjeros se hizo desde entonces mucho más precaria. Á la circunstancia de no tener voto en la elección de jurados, se juntó la mayor dependencia en que éstos quedaron relativamente á sus electores, miembros de la sociedad explotadora, ó, cuando menos, camaradas ó discípulos de ellos.

Por otra parte, la cuestión mercantil se hizo palpable y no tardó en entrar en su período agudo.

En efecto, mientras el jurado sólo se componía de catorce ó quince individuos nombrados por votación, fuera de los representantes del Ministerio, la elección recaía en los jefes de la es-

cuela francesa, salvo raras excepciones. Y estos artistas distinguidos se hallaban, hasta cierto punto, fuera de la lucha comercial por la misma notoriedad de su talento. No tenían, por consiguiente, necesidad de grandes contemplaciones con sus electores, al paso que su situación les hacía más caros los verdaderos intereses del arte, sin distinción de personas, y les imponía más estrictos y elevados deberes.

Todo lo contrario sucedió con el nuevo jurado. Desde luego lo numeroso del personal hizo mucho más débiles las responsabilidades. La injusticia podía quedar cubierta con una capa que se parecía á la del anónimo. Por otra parte, al aumentar en *cantidad*, los jurados disminuyeron notablemente en *calidad*. Esta disminución en la calidad produjo, como consecuencia lógica, mayor dependencia para con los electores. En una palabra, la situación para los artistas extranjeros se hizo casi insostenible.

El pequeño interés mercantil extravió á tal punto las pasiones de algunos exponentes franceses, que hubo quienes se atrevieron á proponer la exclusión de los extranjeros para toda recompensa, y aun de la simple exhibición de sus obras en el Salón.

Pero si en Francia hay espíritus pequeños y mezquinos, como en todas partes del mundo, hay, sobre todo, dignidad y buen sentido en la totalidad, y hay inteligencias claras y corazones levantados, dispuestos siempre á sostener las buenas causas. Así es que aquellas proposiciones no sólo no fueron aceptadas, sino que hasta hubo órganos de la prensa que protestaron enérgicamente contra tamaña indignidad, siendo una de las plumas más valientes la de M. Paul Leroi, que, desde las columnas de *L'Art*, estigmatizó esas intrigas en el estilo apasionado y atrevido que le caracteriza.

III

Los extranjeros, por nuestra parte, entramos á las luchas anuales del Salón casi sin esperanza alguna de medallas y movidos por una ambición más noble, aunque menos positiva, la del progreso.

Sabemos que á ningún artista extranjero se da en París una buena medalla, por distinguido que sea, no importa que se llame Munkacsi, Passini, Morelli, Pradilla, etc., si no es en las Exposiciones Universales y con los jurados internacionales que dan alguna garantía á los exponentes de todos los países.

Nuestra intención, al dirigirnos á la gran capital del arte, no es la de obtener un diploma que nos permita explotar lucrativamente una industria, sino aprender para volver luego á nuestros países llevando nuestro contingente de civilización; y si las recompensas oficiales pueden á veces sonreírnos, es sólo como la prueba evidente de que no nos hacemos ilusión sobre nuestros propios méritos.

Su calidad de huéspedes de la gran metrópoli impone, por lo demás, á los artistas extranjeros el deber de una estricta reserva, y no tenemos recuerdo de que esa actitud haya sido nunca desmentida.

IV

Ahora bien, según los reglamentos del Salón, se considera *exento*, es decir, con derecho á ser admitido sin examen del jurado, á todo artista que haya obtenido una medalla; y se considera *fuera de concurso* para éstas (excepto la de honor) á todos los exponentes que han alcanzado algunos premios consecutivos, ó tal premio, al que se atribuye un valor superior.

Como los jurados *internacionales* de las Exposiciones Universales vienen á corregir la parcia-

lidad de los jurados anuales *puramente franceses*, resulta que después de una grande Exposición quedan exentos, y aun fuera de concurso, muchos artistas extranjeros.

Esta exención ha sido la causa de la alarma y de la reciente asonada de los artistas franceses.

El resultado práctico de las medallas acordadas á los extranjeros podría ser mañana el de un crecido número de exentos en los próximos Salones, es decir, otros tantos lugares menos disponibles para los rezagados franceses; y decimos los rezagados porque siempre habrá lugar más que de sobra en el Palacio de la Industria para todos los franceses y extranjeros de talento.

Los autores de la famosa revolución son, pues, los incapaces, los que, siendo la brosa de todas las Exposiciones, temen verse mañana á la puerta, condenados al papel de simples espectadores.

La Francia es, sin duda alguna, la nación más hospitalaria del viejo mundo; pero ¿qué dirían sus artistas si supieran que en nuestros reglamentos no sólo concedemos al extranjero el derecho de voto, sino aun el de jurado?

V

Pero ya lo hemos dicho, tras la aparente cuestión de arte hay una verdadera cuestión mercantil, y lo que es peor, una cuestión mercantil mal comprendida.

En efecto, si los triunfos repetidos en las Exposiciones abren el mercado y dan mayores y mejores probabilidades de venta á un artista, es indudable, por otra parte, que esos triunfos repetidos deben ser la consecuencia del talento; y si hay talento, está fuera de duda que el cuadro de un artista cautivará más fácilmente la atención del público y encontrará comprador cuando se le estudie aisladamente, entre cortinas dispuestas con habilidad por un negociante, que cuando se le ve en la abrumadora vecindad de las Exposi-

ciones públicas, chocando con las más imprevistas armonías ú oposiciones de estilos, de temas, de proporciones y de colores.

Y tan es así, que los negociantes de cuadros que suelen hacer largos contratos con un artista suelen exigirle la abstención de las grandes Exposiciones.

Á este respecto nos viene á la memoria un caso que podríamos citar como típico.

Habitaba en París, por los años de 1875 á 1880 un pintor español, un señor Escosura, que al amparo de bien entendidos reclamos, había conseguido formarse una numerosa clientela y llegar hasta los precios más halagüeños, quince, veinte y aun treinta mil francos. Tal fué su éxito comercial, que tomándose completamente á lo serio, quiso ceñir su frente de laureles después de haber llenado sus bolsillos de billetes de banco, y se resolvió á mandar algunos cuadros al Salón. Allí fué la buena. No sólo no obtuvo el éxito que se prometía, sino que su insignificancia quedó de tal modo patente, que sus cuadros comenzaron á hajar rápidamente en el mercado parisiense. Repitió la experiencia una ó dos veces, y el resultado fué tan desastroso, que al cabo de dos ó tres años ya nadie quería dar mil quinientos ni aun mil francos por aquellas famosas producciones que habían llegado antes á los veinte mil.

Y si podemos citar ese ejemplo de un pintor sin talento, podemos también agregar que la gran reputación del chispeante y malogrado Fortuny se formó fuera de los Salones. La primera vez que sus obras aparecieron en público fué en la Exposición Universal de 1878, después de la muerte del artista; y por cierto que esa exhibición en nada hizo ganar, sino que, muy al contrario, dió el primer golpe á la fama universal del artista.

Muy lejos estarían, pues, los artistas franceses que quisieran cerrar la puerta del Salón á los ex-

tranjeros, de conseguir el objeto mercantil que se proponen, por el camino tan pobremente ideado, que ha dado lugar á la crisis que nos ocupa.

VI

Pero una de las cosas más curiosas en esa asonada ha sido que, después de haber hecho el disparate y de verse abochornados con la falta de éxito, los amotinados han tenido que buscar una víctima á quien echarle la culpa y sobre la cual pudieran hacer recaer todo el peso de su error y de su vergüenza.

Esa víctima ha sido el pobre M. Bouguereau, el más purista y también el más falso y el más *bourgeois* de los artistas, lo que no le impide ser miembro del Instituto, comendador de la Legión de Honor y haber obtenido tantas medallas como el mejor fabricante del universo civilizado.

¡Pobre M. Bouguereau! Después de haber presidido á los insurrectos, ver que de todas partes le piden que se retire no ya de la presidencia (que fué accidental) sino aun del comité.

Es verdaderamente mucha severidad. ¡Pobre M. Bouguereau!

VII

En fin, el hecho es que, gracias á la entereza de M. Meissonier y del numeroso grupo que lo ha secundado, gracias también á la noble actitud del Ministro de Bellas Artes M. Falières, y á la voz unánime de la prensa, los artistas franceses insurrectos no han podido arrancar á sus huéspedes de ayer, que contribuyeron con sus obras al éxito de la grande Exposición, las medallas que les acordaron los jurados de las naciones allí reunidas.

Por felicidad no se ha cometido esa bajeza, por felicidad para la Francia, cuyo suelo hemos habitado largos años, cuya enseñanza reconocemos agradecidos y donde todavía conservamos

intereses artísticos y afecciones que creemos destinadas á vivir largamente.

Nada importa, como decíamos al principio, que haya habido algunas cabezas ligeras y algunos corazones menguados, en los que haya podido albergarse tamaño desatino. La Francia no ha podido pensar ni obrar un solo instante de ese modo.

Como lo oímos decir una vez á un grande hombre en París, á un miembro del Instituto, después de una elección muy reñida y muy des- acertada:—“¿Qué quiere usted, amigo mío? En todo cuerpo colegiado habrá siempre un cierto número de imbéciles (*de crétins*) aunque ese cuerpo sea el Instituto de Francia.”

VIII

¿Cuáles van á ser las consecuencias de todo esto en el porvenir?

Desde luego se han emitido estas ideas: 1.^a la de hacer que el Salón anual vuelva á manos del Estado; 2.^a la de crear dos Salones, uno particularmente artístico y otro de un carácter especulativo; 3.^a en fin, la de conservar las cosas como están, salvo algunas modificaciones, cuya base primordial sería la supresión de los *exentos*.

Por nuestra parte creemos que, lo mismo que por todos caminos se va á Roma, cada uno de los medios propuestos sería bueno si se hubiera de proceder con elevación y seriedad.

Pero la reciente encartada de los artistas nos está probando que no es la elevación de ideas ni la dignidad personal lo que domina en el gran número. La dificultad que éstos encuentran para la enajenación de sus producciones continuará haciéndoles ver un poderoso enemigo en la concurrencia extranjera, y las necesidades apremiantes de la vida se echarán en uno de los platillos de la balanza con el enorme peso de sus exigencias diarias y brutales.

De suerte que, cualquiera que sea el camino

que se tome, el resultado práctico será el mismo, esto es, mayor severidad y dureza para el artista extranjero; aunque decimos mal: las durezas no serán para el *artista* extranjero, sino para el *competidor* extranjero, porque la cuestión sale ya enteramente del terreno del arte y pasa á ser sólo un problema mercantil, una simple combinación industrial y económica. *Qui vivra verra!*

IX

En cuanto á los resultados de esa lucha en el porvenir, es muy fácil preverlos y serán funestísimos para la Francia. Pero esto ¿qué importa á todos los fabricantes de cuadros y de estatuas que comienzan á sentirse estrechos en los vastos salones del Palacio de la Industria? Eso no afectará más que á los verdaderos artistas y á los verdaderos patriotas.

Es evidente que el día que los extranjeros encuentren cerradas las puertas de París para dar á sus obras la publicidad que ambiciona todo artista, se quedarán en sus casas ó se diseminarán en diversos países, según las afinidades de raza, de idioma, de gustos y las simpatías de escuela que los guíen.

Los austriacos, los italianos, los españoles y los belgas se quedarán probablemente en sus propios países ó emigrarán á las Américas. Los americanos del norte, es decir, los de origen inglés, se harán más cosmopolitas; y los de raza latina buscarán de preferencia la España y la Italia, adonde los arrastrarán las facilidades del idioma y la dulzura y semejanza del clima, desde que París pierda el inmenso atractivo que ahora tiene como centro y capital del arte.

Su gloria y su irradiación brillarán todavía algunos años á causa de su grande incremento actual. Pero la expulsión del elemento extranjero será la primera señal de la decadencia; y la hora en que éstos dejen á París será la primera de su abdicación como capital del mundo.

Al desprenderse de la inmensa colaboración que llevan allí los artistas de todos los continentes, desaparecerá la prodigiosa fiebre de actividad y de producción artística que caracteriza á la gran ciudad.

Renunciando á esa colaboración, quedarán reducidos á sus solas fuerzas y perderán la mitad de las que ahora tienen, gracias á las ideas que pone en circulación, á las comparaciones que facilita y á la lucha que agujonea ese elemento extranjero, de que se ha intentado renegar en hora tan inoportuna. Pues no ha habido paciencia bastante para esperar la conclusión del año en que se nos había invitado á la Exposición Universal como á huéspedes queridos, ni aun se ha mirado si ya estaban terminadas las demoliciones de los edificios que construimos para celebrar la gran fiesta y el más bello triunfo de la Francia!

¡Ojalá nunca le falten hombres que, como hoy, sepan impedir la injusticia y mantenerla en el puesto elevado que le corresponde por su inteligencia y por su historia!

Publicamos á continuación varias traducciones de la prensa parisiense, relativas á este desgraciado asunto. Por ellas verán nuestros lectores los detalles y las peripecias de la lucha.

PEDRO LIRA